

CICLO 6 PERSONAJES

Maritornes: la dignidad de los olvidados

Los contenidos de este texto han sido elaborados por Francisco José Martínez Morán para el Ciclo de breves conferencias dramatizadas "6 Personajes" con el título *Maritornes: la dignidad de los olvidados* actividad realizada para el Museo Casa Natal de Cervantes en el año 2020. Permitida la reproducción parcial o total de esta publicación sin fines comerciales, citando la fuente.

Maritornes: la dignidad de los olvidados

Por Francisco José Martínez Morán
Escritor, poeta e investigador

1. Cervantes: un autor leal a sí mismo y a sus personajes

NINGÚN otro autor en lengua castellana ha conseguido dignificar a sus personajes de la manera en que, con sutileza y maestría sin parangón, lo logró Cervantes. El ejemplo más evidente de ese cariño humanista que el autor del *Quijote* le imprime a todas sus creaciones es la simbiosis que desemboca en la progresiva *sanchificación* del hidalgo y en la notable *quijotización* de su escudero: si bien la apariencia y los hábitos los protagonistas de su obra más lograda, sobre todo en la Primera Parte de 1605, arrancan de unos fundamentos paródicos, profundamente teatrales (y, en no pocos sentidos, caricaturescos hasta lo grotesco), página a página, Cervantes va dándole a la dignidad de Quijote y Sancho el primer plano de sus personalidades, de tal manera que al final de la obra, con la muerte de Alonso Quijano, todo lector siente que el mundo ha sido profundamente injusto con dos personas buenas que, en lugar de palos y burlas, habrían merecido los más amables parabienes y reconocimientos.

Estructuralmente, de hecho, el resarcimiento de la dignidad perdida es el motor que nos regala, gracias al atrevimiento de Avellaneda, la brillante Segunda Parte de 1615: Sancho y Quijote (y con ellos, desde su experiencia vital y literaria, el propio Cervantes) han padecido demasiado como para permitir que los lectores les pierdan el respeto a través de unas aventuras apócrifas que, más allá de lo entretenido, los retratan desde la simplista bajeza de dos personajes hechos solo para la risa.

De la misma forma, como muy atinadamente ha argumentado J. Francisco Peña en *Cervantes y la libertad de las mujeres*, don Miguel centra con gran frecuencia esa reivindicación de los desfavorecidos de su tiempo en la mujer: ejemplos son, tan solo en *El Quijote*, Dorotea, Altisidora y, por encima de todas, Marcela. Todas ellas se dotan, como bien apunta el profesor Peña, de un discurso que apuntala sus actos de individualidad frente a los papeles preconcebidos por la sociedad y la literatura. Precisamente los gestos (entendidos como combinación de la corporeidad y las

acciones) y las palabras (las dichas y las no pronunciadas) nos servirán de puerta de entrada para explicar con más profundidad el personaje de Maritornes.

2. Maritornes: presencia, equívocos, humanidad

Maritornes aparece, con mayor o menor protagonismo, en los episodios XVI, XVII, XXXII, XXXV, XXXVIII, XLIII, XLIV, XLV y XLVII de la Primera Parte de *El Quijote*. El primer retrato que le dedica Cervantes es abiertamente desfavorable, pues de ella dice que es “moza asturiana ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana”, para rematar con la aseveración de que “no tenía siete palmos de los pies a la cabeza y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera”. En su descarnada prosopografía, sin duda, prelude don Miguel, con su proverbial amplitud de miras técnicas, ya el ámbito de lo goyesco y lo esperpéntico (recuérdense las prostitutas llamadas La Vieja Pintada y La Lunares que Valle-Inclán pinta con crudeza expresionista y casi en exclusiva en *Luces de Bohemia*) y prepara el terreno para el humor que ha de recorrer las peripecias nocturnas de don Quijote en la venta.

Sobre el personaje y su nombre propio señala también Augustin Redondo¹:

«Una vez más la poco atractiva moza descrita, bajita, corcovada, con sus crines y su mal olor es la antítesis de la gentil dama de los libros de caballerías, pero aquí se da un paso más, ya que se trata de una mujer que se prostituye abiertamente en el marco de la venta, como lo señala el refrán apuntado por Hernán Núñez y Gonzalo Correas: “La liebre, búscala en el cantón, y la puta, en el mesón” (Núñez, 4124 ; Correas, 184a). Lleva pues inscrita en la cara, ella también, la señal de su lujuria, dado que es roma y además tuerta, lo que hace de ella una mujer al revés, según los cánones al uso. Por ello dice un refrán recogido por los mismos paremiólogos: “Putas y tuertos, todos somos vueltos” (Núñez, 6209 ; Correas, 486a). De ahí que la asturiana se llame Maritornes es decir que es una María al revés, una de esas que se llaman también Marimontón, ya que no tiene nada del virginal pudor de la madre de Cristo.»

Cabe recordar, asimismo, que algunos anotadores de la época, como Diego Clemencín, percibirán dos chistes costumbristas bajo la descripción literal del personaje. De este modo, el siempre agudo Clemencín recuerda que:

«Cervantes pintó a Maritornes “llana de cogote”, conforme a la opinión de su tiempo, que expresó también Covarrubias [sobre los asturianos]. Después acá deben de haberlo

¹ Redondo, A., “Los amores burlescos en el Quijote. Una cala en la parodia cervantina.”, en *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 27.1 (Primavera 2007 [2008]), p. 232.

recobrado, porque ahora lo tienen ni más ni menos como los demás españoles y los demás hombres.»²

A lo que suma, al hilo de la condición de “muy hidalga” que la propia Maritornes reivindica para sí misma unos párrafos más adelante, que

«Del carácter chancero y satírico de Cervantes puede creerse que en ese lugar quiso zaherir la presunción de hidalguía, tan común en la provincia de Maritornes y otras confinantes, aun en personas ocupadas en profesiones y ejercicios humildes.»³

A esto bien podríamos añadir que, una vez trascendida la primera chanza localista, Cervantes vuelve a igualar en vida y sueños a todos sus personajes, pues dicha pretensión no deja de situar, en varios sentidos, a Maritornes y a Alonso Quijano en planos muy similares de dignidad dentro del teatro de la existencia. Puede a primera vista parecer aventurado el paralelismo, pero no resulta descabellado pensar que, al menos en el fondo de sus referencias, Benito Pérez Galdós tuviera esta misma idea cervantina en mente al construir a Isidra, inolvidable protagonista de *La desheredada*, surgida de un idéntico planteamiento de la realidad como materia prima del arte de novelar, pero también de las consecuencias de la locura, y de la búsqueda de la dignidad individual y colectiva ante la incompreensión social.

En definitiva, en el caso de la primera aparición de Maritornes, como magníficamente documenta Samuel G. Armistead en la *Gran Enciclopedia Cervantina*⁴, la comicidad de la situación se levantará sobre una parodia del encuentro nocturno furtivo del amor cortés, así como una continuación de las tradiciones abiertas por varios *fabliaux* franceses y cuentos medievales del resto del continente europeo, en los que, con matices y variantes, la enamorada y su amado, insomnes, no pueden encontrarse sin peligro, siempre arropados y amenazados, a un tiempo, por las sombras de la madrugada.

Así, con un hábil y visionario juego de silencios y oscuridades, propio de un lenguaje casi audiovisual, Maritornes habrá de encontrar en Quijote a quien no busca y, por añadidura, culminará en una nueva discordia y en una nueva ocasión de confusión y disgusto para el maltrecho antihéroe. El episodio, con su maraña de voces quedas y de estrépitos confusos, causó no poco embarazo en tiempos cercanos a la primera edición

² Bradford, C. F., *Índice de las notas de don Diego Clemencín en su edición de El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha (1833-1839)*, Madrid, Imprenta de Manuel Tello, 1885, p. 287.

³ Ídem.

⁴ Armistead, S. G., “Maritornes y el arriero”, en VV.AA, *Gran Enciclopedia Cervantina*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos-Castalia, vol. VIII, 2011, pp. 7607-7608.

(en 1624 la Inquisición portuguesa aplicó la censura al texto desde las explicaciones del trato del arriero con Maritornes hasta el final de la pelea que desencadena la desorientación quijotesca, dejando reducido el pasaje a una caricatura de gratuitos puñetazos ciegos) e incluso varios comentaristas posteriores tratarán toda la peripecia casi de puntillas y con tono no poco moralista.

El dominio de la noche servirá, como en tantas ocasiones en ambas partes de la novela, para enmarcar muchos los acontecimientos menos decorosos, aquellos que entran directamente en lo carnavalesco, en los territorios del disfraz y, al mismo tiempo, de la realidad más descarnada.

Privado de sus sentidos por la locura, como recalca Avalor-Arce⁵, don Quijote

«la pintó en su imaginación de la misma traza y modo que lo había leído en sus libros de la otra princesa que vino a ver el mal ferido caballero, vencida de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar a otro que no fuera arriero; antes le parecía que tenía entre sus brazos a la diosa de la hermosura.»

Y todo lo demás sucede, como siempre, con la inexorable lógica del desastre.

3. Un leve gesto que lo dice todo

Tan humana y real como todos en la venta, con sus defectos y sus virtudes de carne y hueso, Maritornes, más adelante y aún con el recuerdo de las locuras del hidalgo frescas en la memoria y la retina, participará de las burlas y riñas que provoca el hidalgo en su segunda visita a la venta (llegando a atarle, junto a la hija de la ventera, al agujero del pajar), y expresará una interesante (y no poco picante) opinión sobre los libros de caballerías:

«y a buena fe que yo también gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas, y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto. Digo que todo esto es cosa de mieles.»

Pero, aunque se nos dirá que en su última aparición en la obra sus lágrimas son falsas, todavía tendrá Maritornes ocasión (en el capítulo XLIV) de redimirse

⁵ Avalor-Arce, Juan B., *Nuevos deslindes cervantinos*, Barcelona, Ariel, 1975, p. 21.

ampliamente de su conducta burlesca librando a don Quijote del atroz sufrimiento que le provoca quedarse colgado del brazo por la curiosidad de Rocinante, de la misma manera que, en el capítulo XVII, había sido la única que le había ofrecido vino a Sancho tras ser manteado:

«*Maritornes, que ya había despertado a las mismas voces, imaginando lo que podía ser, se fue al pajar y desató, sin que nadie lo viese, el cabestro que a don Quijote sostenía [...].*»

Un simple gesto, contado a vuelapluma, que pesa tanto como todas las palabras que lo rodean.

Bibliografía

ARMISTEAD, S. G., "Maritornes y el arriero", en VV.AA, *Gran Enciclopedia Cervantina*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos-Castalia, vol. VIII, 2011, pp. 7607-7608.

AVALLE-ARCE, J. B., *Enciclopedia Cervantina*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1997.

AVALLE-ARCE, J. B., *Nuevos deslindes cervantinos*, Barcelona, Ariel, 1975.

BRADFORD, C. F., *Índice de las notas de don Diego Clemencín en su edición de El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha (1833-1839)*, Madrid, Imprenta de Manuel Tello, 1885.

PEÑA, J. F., *Cervantes y la libertad de las mujeres*, Alcalá, UAH, 2017.

REDONDO, A., "Los amores burlescos en el Quijote. Una cala en la parodia cervantina.", en *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 27.1 (Primavera 2007 [2008]), pp. 227-248.